

Ordenación Presbiteral 2022

Homilía

Filipenses 2,5-11

Evangelio: Lucas 22,14-20



“Ardientemente he deseado comer esta Pascua con ustedes, antes de padecer” (Lc 22,15)

En las vísperas de su pascua, el Señor realiza el signo más trascendente de su ministerio público: lo hace durante la última cena pascual y la primera eucaristía. En esa noche el pueblo judío, en familia o en grupos de amigos, celebraban la liberación de la esclavitud de Egipto (Ex 12,1-14). Era una comida ritual donde todo estaba prescripto: lavabos de purificación, lucernario, gestos, palabras y silencios, y hasta cantos inmemoriales transmitidos por generaciones. Todo colaboraba a crear un clima religioso profundo.

Fue en ese contexto que Jesús primero envía a sus discípulos para preparar un lugar adecuado al rito tradicional para esa ocasión. Seguramente, ya lo habían celebrado antes, durante el ministerio público de Jesús. Pero en esta ocasión acontecería una novedad impensable para sus discípulos: la Pascua judía sería superada por la Pascua de Jesús. Todo comenzó cuando llegó la hora

indicada, Él pronunció estas palabras: «He deseado ardientemente comer esta Pascua con ustedes antes de mi Pasión» (Lc 22,15). Luego en la cena compartieron el cordero preparado para esta ocasión y circuló la copa del rito antiguo, pero la novedad que asombró a sus apóstoles fue cuando el Maestro tomó pan, pronunció la acción de gracias, lo partió para ponerlo en la mano de cada discípulo, luego dijo que ese pan partido era su propio cuerpo y con esas palabras se refería a su muerte en la Cruz. Lo mismo hizo con la copa de vino, augurando con ella una nueva Alianza sellada con su propia sangre, la que iba a ser derramada durante su pasión, para redención de toda la humanidad. Desde entonces la fracción del pan y el vino compartidos en la Eucaristía, serán el signo de su presencia real entre nosotros, hasta que se cumpla la promesa de su vuelta gloriosa, cuando «Dios lo sea todo en todos»(1 Cor 15,28).

«Nadie se ganó el puesto en esa Cena, todos fueron invitados, o, mejor dicho, atraídos



por el deseo ardiente que Jesús tiene de comer esa Pascua con ellos: Él sabe que es el Cordero de esa Pascua, sabe que es la Pascua. Esta es la novedad absoluta de esa Cena, la única y verdadera novedad de la historia, que hace que esa Cena sea única y, por eso, “última”, irrepetible¹.

Todo comenzó con un deseo ardiente, con pleno conocimiento de lo que iba a padecer al día siguiente, y lo aceptó voluntariamente. Estos sentimientos del Hijo de Dios permanecen en cada eucaristía que celebramos como memorial de su pasión. Esa misma Cena se hará presente cada vez que compartamos el pan que salva y el vino que se derrama sobre nuestras vidas para el perdón de nuestros pecados.

Hoy también nos ha convocado su ardiente deseo para perpetuar el sacerdocio de la Nueva Alianza en la vida de estos cuatro diáconos: Jesús, Gonzalo, Hugo e Ignacio. Es más, todos los presentes fuimos atraídos por su irresistible amor que todo lo puede. «Antes de nuestra respuesta a su invitación

– mucho antes – está su deseo de nosotros: puede que ni siquiera seamos conscientes de ello, pero cada vez que vamos a Misa, el motivo principal es porque nos atrae el deseo que Él tiene de nosotros»².

Aquí estamos, para dejarnos asombrar por la novedad que acontecerá en esta liturgia. No hay dos eucaristías iguales, porque el Señor pone su novedad, la renovación de la gracia, su Palabra iluminadora capaz de cambiar el corazón más cerrado. A presidir su oficio de amor están llamados los sacerdotes y su institución nace del misterio pascual, que los convierte «en instrumentos para que arda en la tierra el fuego de su amor; custodiados en las entrañas de la Inmaculada, los presbíteros se dejan modelar por el Espíritu que quiere llevar a término la obra que comenzó en su ordenación»³.

San Pablo les pide a los filipenses que «tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús». Si esto es tan necesario para toda acción pastoral, cuanto más cuando presidan el culto eucarístico, porque «la asamblea de

1. Carta Apostólica Desiderio Desideravi, del Santo padre Francisco, 4.

2. Idem, 6.

3. Idem, 59.



los fieles tiene derecho a poder sentir en esos gestos y palabras el deseo que tiene el Señor, hoy como en la última cena, de seguir comiendo la Pascua con nosotros. Por tanto, el Resucitado es el protagonista, y no nuestra inmadurez, que busca asumir un papel, una actitud y un modo de presentarse, que no nos corresponde. El propio presbítero se ve sobrecogido por este deseo de comunión que el Señor tiene con cada uno: es como si estuviera colocado entre el corazón ardiente de amor de Jesús y el corazón de cada creyente, objeto de su amor. Presidir la Eucaristía es sumergirse en el horno del amor de Dios»⁴.

Por el Santo Crisma con el que ungré sus manos, «la acción del Espíritu les ofrece la posibilidad de ejercer la presidencia de la asamblea eucarística con el temor de Pedro, consciente de su condición de pecador (cfr. Lc 5,1-11), con la humildad fuerte del siervo sufriente (cfr. Is 42 ss), con el deseo de “ser comido” por el pueblo que se les confía en el ejercicio diario de su ministerio»⁵.

4. Idem, 57.

5. Idem, 59.

Estos hijos nuestros, de los cuales muchos de ustedes son familiares y amigos, serán ordenados para el ministerio presbiteral; por eso, es importante que consideren atentamente la función que van a desempeñar en la Iglesia.

Es verdad que todo el Pueblo Santo de Dios ha sido constituido como un sacerdocio real por su incorporación a Cristo; sin embargo, el mismo Jesucristo, nuestro gran Sacerdote, eligió a algunos discípulos para que ejercieran públicamente y en su nombre, el ministerio sacerdotal en la Iglesia, al servicio de los hombres. Él, que fue enviado por el Padre, envió a su vez a los Apóstoles para que ellos y sus sucesores, que son los Obispos; completarán en el mundo su obra de Maestro, Sacerdote y Pastor.

Los presbíteros, por su parte, son constituidos cooperadores de los obispos con los cuales, unidos en un mismo ministerio sacerdotal, son llamados para servir al pueblo de Dios.

Estos hermanos nuestros, después de pensarlo seriamente, van a ser ordenados sacerdotes en el grado de presbíteros: así

harán las veces de Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor, para que su cuerpo, que es la Iglesia, se edifique y crezca como pueblo de Dios y templo del Espíritu Santo. Al asemejarse a Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y al unirse al sacerdocio de los obispos, ellos quedarán consagrados como auténticos sacerdotes del Nuevo Testamento, para anunciar el Evangelio, apacentar al pueblo de Dios y celebrar el culto divino, especialmente en el sacrificio del Señor .

Por eso, ustedes, queridos hijos, que ahora serán ordenados presbíteros, deben cumplir el ministerio de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Anuncien a todos los hombres la palabra de Dios que ustedes mismos han recibido con alegría. Mediten la ley del Señor, crean lo que leen, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan.

Que la doctrina de ustedes sea un alimento sustancioso para el pueblo de Dios; que la fragancia espiritual de sus vidas sea motivo de alegría para todos los cristianos, a fin de que con la palabra y el ejemplo construyan ese edificio viviente que es la Iglesia de Dios. Les corresponderá también la función de santificar en nombre de Cristo. Por medio de su ministerio, el sacrificio espiritual de los fieles alcanzará su perfección al unirse al sacrificio del Señor, que por sus manos se ofrecerá incruentamente sobre el altar, en la celebración de la Eucaristía. Tengan conciencia de lo que hacen e imiten lo que conmemoran. Por tanto, al celebrar el misterio de la muerte y la resurrección del Señor, procuren morir ustedes mismos al pecado y vivir una vida realmente nueva.

Al introducir a los hombres en el pueblo de Dios por el bautismo, al perdonar los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia por medio del sacramento de la penitencia, al confortar a los enfermos con la santa unción, y en todas las celebraciones litúrgicas, así como también al ofrecer durante el día la alabanza, la acción de gracias y la súplica,

por el pueblo de Dios y por el mundo entero, recuerden que han sido elegidos de entre los hombres y puestos al servicio de los hombres en las cosas que se refieren a Dios. Con permanente alegría y verdadera caridad continúen la misión de Cristo Sacerdote, no buscando sus intereses sino los de Jesucristo. Finalmente, al participar de la función de Cristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, permanezcan unidos y obedientes al Obispo. Procuren congregar a los fieles en una sola familia, animada por el Espíritu Santo, conduciéndolos a Dios por medio de Cristo. Tengan siempre presente el ejemplo del Buen Pastor que no vino a ser servido sino a servir y a buscar y salvar lo que estaba perdido. «Convertidos en instrumentos para que arda en la tierra el fuego de su amor»⁶, confíen en quien los llamó y los envía; gasten todas sus energías juveniles «para que toda lengua proclame para gloria de Dios Padre: «Jesucristo es el Señor».

6. Íbidem.